

A black and white photograph of a misty forest path. The path is narrow and leads into the distance, flanked by trees and bushes. The background is hazy, suggesting a misty or foggy day. The overall mood is serene and contemplative. A dark green rectangular overlay with a white border is positioned on the right side of the image, containing text.

*Para todos los que están
en búsqueda de Dios*

EL QUE
BUSCA,
ENCUENTRA

Hno. Elías



*Pedid y se os dará; buscad y encontraréis; llamad y se os abrirá.
Porque todo el que pide, recibe; y el que busca, encuentra; y al que llama, se le abrirá.
(Mt 7,7-8)*

PRÓLOGO

He escrito este pequeño librito para personas que están en busca de Dios, es decir, para aquellos que se encuentran en el "valle de la búsqueda". Yo mismo, en el año 1977, a mis 27 años de edad, recibí la gracia de haber vivido el decisivo encuentro con Cristo. Desde aquel momento intento seguir a Jesús. Durante mucho tiempo llevé la responsabilidad por una comunidad religiosa, y ahora, después de este período, sigo dedicándome enteramente a la vida de oración y al apostolado.

Estoy consciente de las limitaciones de un escrito como éste, porque Dios y Sus obras son inabarcables. En este contexto recuerdo una historia: Se cuenta que, cuando San Agustín estaba escribiendo una obra sobre la Santísima Trinidad, vio un día a orillas del mar a un niño que tomaba agua y lo derramaba en un pequeño agujero que había cavado en la arena. Agustín lo observó durante un tiempo, hasta que le preguntó qué era lo que pretendía hacer. El niño le respondió que intentaba recoger el agua del mar en el hoyo. Agustín, asombrado, sacudió la cabeza y empezó a explicarle al muchacho que aquello era una "misión imposible", porque el mar es demasiado grande como para caber en un pequeño agujero. El niño lo miró y le dijo: "Más imposible es tratar de comprender en tu mente pequeña el misterio de Dios".

Así, este escrito sólo podrá dar un pequeño impulso y quizá incentivar a emprender aún más intensamente la búsqueda de Dios. Yo oro y espero que este libro llegue a manos de muchos "buscadores de la verdad", ayudándoles a descubrir el amor de Dios.

A aquellos que ya están en el camino del Señor y obtengan este librito, les invito cordialmente a compartirlo con otras personas, en caso de considerarlo apropiado. ¡Que Dios mismo se encargue de su propagación y lo emplee como un instrumento de su amor!

Hno. Elías



CUESTIONAMIENTOS EXISTENCIALES

¿Podemos vivir sin amor?

No. En realidad no podríamos, porque siempre habrá un vacío en nosotros si nos falta el amor, y –ya sea consciente o inconscientemente– estaremos en constante búsqueda de este amor.

¿Podremos encontrar el amor, si en nuestra vida no fuimos suficientemente amados? En las personas, sólo podremos encontrarlo limitadamente, porque nadie será capaz de suplir a profundidad nuestras carencias de amor ni de curar nuestras heridas, menos aún si hemos sufrido un abuso de nuestro amor.

¿Podemos vivir sin verdad?

En realidad, no, porque entonces a nuestra vida le falta lo esencial. ¿Podemos encontrar la verdad en las personas? Sólo limitadamente. Las personas podrán dar testimonio de la verdad; pero no son la fuente de la verdad. Entonces, ¿cómo podrán encontrar respuesta los cuestionamientos y el anhelo del amor y de la verdad, una vez que se han despertado en nosotros?

La única respuesta suena así:

**¡HACE FALTA UN VERDADERO
ENCUENTRO CON DIOS!**

¿CÓMO PODEMOS ENCONTRARNOS CON DIOS?

No pocos han procurado demostrar la existencia de Dios con argumentos lógicos, para ayudar a otros a encontrarlo. Sin embargo, no siempre alcanzaron su meta. La Biblia relata grandes milagros; pero hubo testigos oculares de estos acontecimientos que, aun habiéndolos visto, no creyeron en Dios. Resulta evidente que a muchas personas no les basta ver milagros para tomar la decisión de creer.

Entonces, hace falta experimentar un encuentro con Dios que toque nuestra vida con el amor y la verdad, que es Él mismo. Habiéndolo vivido, sabremos que nos hemos encontrado con Dios.

Este encuentro no sólo es posible, sino que es una parte esencial del ser humano, pues el anhelo de Dios está profundamente inscrito en nuestro corazón, aun si no lo percibimos o sólo muy difusamente.

Hay una oración muy sencilla, que toda persona que esté en búsqueda y quiera conocer a Dios podría rezar sin temor alguno:

**“Dios, si es que existes, permíteme
conocerte”.**



Esta fue la oración que yo personalmente pronuncié al inicio, cuando todavía buscaba a Dios con mucha ignorancia y a tientas. Después pude reconocer que Dios llevaba tiempo buscándome y esperando que vuelva a Él. Con esta oración empecé a corresponder a su amor.

Sin duda Dios escuchará una oración como ésta. Él sabrá llegar a nosotros, mediante caminos que sólo Él conoce. En efecto, Él conoce nuestro corazón y nada está escondido ante Él. Dios mismo nos busca, Él toca a la puerta de nuestro corazón, pidiendo que le dejemos entrar para tener comunión con nosotros. Jesús lo expresa en estos términos: "Mira, estoy a la puerta y llamo..." (Ap 3,20).

Esta oración es un paso concreto que podemos dar hacia Dios; es una pequeña apertura de nuestro interior. Si la pronunciamos con sinceridad, estaremos invitando a Dios a entrar en relación con nosotros. Es un paso pequeño, pero con grandes consecuencias, porque Dios, nuestro Padre, está esperándonos y quiere colmarnos de su amor.

¿PODEMOS IMAGINAR QUE DIOS NOS ESTÁ ESPERANDO?

Quizá un ejemplo de la vida humana nos ayude a entenderlo mejor:

Supongamos que amas mucho a una persona y quisieras expresarle tu amor. Sin embargo, ella no tiene la menor idea de que la amas. Entonces, tratarás de hacérselo notar por medio de diversos gestos; pero ella sigue desentendida del mensaje. Resulta que cierto día percibe algo y tímidamente se dirige a ti... ¡Éste es entonces el momento tan esperado por el amor, porque finalmente podrá expresarse! En la medida en que el corazón de la otra persona se vaya abriendo más y más, podrás empezar a entregarle tu amor.

Lo mismo sucede con Dios. Día a día Él trata de hablarnos. La sola realidad de nuestra existencia nos cuenta la historia de su amor. En efecto, nuestra vida se debe al 'Sí' de Dios, quien quiso que existamos.

DIOS NOS CREÓ POR AMOR

El Libro del Génesis nos dice que Dios llamó a la existencia todo cuanto hay, y que todo lo que Él hizo es bueno. Habiendo creado al hombre, Dios vio que incluso era "muy bueno" (Gen 1,31).



Y es que hay un punto decisivo en el hombre que lo distingue de toda otra creación visible: Dios lo creó a su propia imagen (Gen 1,27). Esto es de insondable profundidad, porque muestra que Dios se refleja de forma especial en nuestra sola existencia. Cada persona ha sido creada a su imagen, y la belleza y dignidad originarias del hombre eran reflejo de ello (Catecismo, 356-358). Quizá podamos descubrirlo con más facilidad cuando nos deleitamos en un niño pequeño, que aún preserva su integridad.

Entonces, Dios nos llamó a la existencia por puro amor. Él quiso hacer partícipes a los hombres de su plenitud y vivir en comunión con ellos como hijos suyos. Por ello, podemos llamar a Dios con el nombre de "Padre"; uno que es Padre en todo el sentido de la palabra y cuya capacidad de amar no conoce las limitaciones humanas.

Dios quiere vivir con nosotros en una relación de amor, que ha de tener como fundamento una confianza plena. Nuestro corazón ha sido creado para vivir con Dios, y sólo en Él encontrará la verdadera paz. ¡El sentido más profundo de nuestra existencia consiste en conocerlo y amarlo! De hecho, toda nuestra vida está orientada a Dios. "Inquieto está el corazón del hombre hasta que encuentre en Ti

su paz" –exclamaba San Agustín, después de haber atravesado una intensa búsqueda de Dios.

También la Creación que nos rodea entona la alabanza del amor de Dios, pues en ella podemos reconocer la obra de un Creador. Quien ha experimentado a profundidad la belleza de un lago sereno, la soledad de las cumbres de los montes, el esplendor de las coloridas praderas o tantas otras maravillas de la naturaleza, habrá sentido algo del misterio que habita en ella. A partir de ahí, podría llegar a la lógica conclusión de que la belleza de la Creación da testimonio de la bondad de un amoroso Creador.

El Apóstol Pablo escribe: "Desde la creación del mundo las perfecciones invisibles de Dios - su eterno poder y su divinidad- se han hecho visibles a la inteligencia a través de las cosas creadas." (Rom 1,20)

¡Existen tantas maneras de reconocer la bondad de Dios! Si abrimos los ojos, descubriremos por doquier las muestras de su amor.

Cuando empezamos a descubrir la bondad de Dios en todo, nuestro Padre quiere que entremos en diálogo con Él sobre ello, porque todavía tiene mucho por mostrarnos y



regalarnos, para que lo reconozcamos mejor aún. En realidad, debería ser lo más sencillo y natural para cada persona; pero lamentablemente no es así...

¿Qué es lo que nos impide conocer sencillamente a Dios? ¿Por qué a veces es necesario emprender una intensa búsqueda en nuestra vida?

LOS LADOS SOMBRÍOS

Resulta evidente que hay también mucha oscuridad, sufrimiento y destrucción en la vida. Por eso no es fácil comprender cómo es que, por un lado, exista un Dios amoroso, que es también Todopoderoso; mientras que, por otro lado, experimentamos tantas realidades difíciles de entender, empezando por la muerte y las enfermedades, las terribles transgresiones humanas de diversa índole y las potentes y masivas amenazas por parte de la naturaleza. También en nosotros mismos –en nuestro corazón y en nuestro comportamiento– descubrimos cosas que evidencian una división interior y una gran sombra que se cierne sobre nuestra vida. Es esta sombra la que nos impide sencillamente conocer a Dios.

¿De dónde viene esta sombra?

La Sagrada Escritura nos explica que el hombre, cuando aún vivía en estado de inocencia, fue inducido por una voz seductora y hostil a Dios, a quebrantar el mandato divino. Esta voz seductora, descrita en la Sagrada Escritura como una serpiente en el Paraíso, es un ángel caído, que por soberbia se alejó de Dios y quiso él mismo ser como Dios. El hombre cayó en la tentación, transgredió el mandamiento de Dios y se dejó envolver en la rebelión del ángel caído. Esto es lo que llamamos la caída en el pecado.

Efectivamente, existe esta posibilidad de alejarse de Dios, tanto para los ángeles como para los hombres, porque, habiéndolos creado por amor, Dios otorgó a sus criaturas racionales la libertad, para que pudieran corresponder a su amor. Como sabemos, el amor no puede ser forzado. Por eso es posible que la criatura se aparte del Creador y caiga así en la culpa y el error. Así, el pecado entrará en ella. Pecado significa separación de Dios. ¡Precisamente esto fue lo que sucedió con el hombre!

¡Las consecuencias fueron catastróficas! La muerte entró en el mundo (Rom 5,12) y el hombre tuvo que salir del Paraíso (Gen 3,23). La Sagrada Escritura nos relata entonces el primer fratricidio (Gen 4) y toda la proliferación



del pecado.

A partir de ese momento, la historia de la humanidad se vio marcada por el creciente alejamiento de Dios. Si Él no se hubiera apiadado del hombre, probablemente la humanidad entera ya se habría autodestruido, convirtiéndose en víctima de los demonios.

Las consecuencias interiores de la separación de Dios

Esta grave perturbación que sufrió la relación entre Dios y su creatura, se refleja en el interior del hombre mismo. En su estado de inocencia, el hombre gozaba de la amistad con Dios y podía tratar con Él de forma familiar y amorosa. Su entendimiento estaba iluminado por la luz de Dios, su voluntad obedecía al entendimiento, y todas sus potencias naturales estaban al servicio de su voluntad.

Después de la caída en el pecado, los hombres perdieron esa relación cercana y directa con Dios; su entendimiento quedó ofuscado y la voluntad debilitada. Los impulsos naturales frecuentemente se rebelan contra nuestra razón. Es así que el Apóstol San Pablo se lamenta exclamando: "Advierto otra ley en mis miembros que lucha contra la ley de mi razón y me esclaviza a la ley del pecado que está en mis miembros" (Rom 7,23).

A consecuencia del pecado, el hombre cayó en una gran oscuridad. Por eso, a menudo está muy lejos de lo que Dios había previsto para él. No pocas veces incluso cae bajo el influjo de los demonios, que, así como sucedió en la tentación en el Paraíso, quieren impedir que el hombre reconozca a Dios como Él es en verdad. Así, puede surgir en el hombre una imagen distorsionada de Dios, como si fuera un dictador que actúa arbitrariamente y no quiere nada bueno para él.

Esta separación de Dios con todas sus consecuencias es la razón por la cual no podemos simplemente reconocer a Dios, sino que tenemos que buscarlo. Pero fue Él mismo quien inscribió este anhelo en nuestros corazones y nunca nos retiró su amor. Por eso, en lo más profundo de nuestro ser lo buscamos y lo anhelamos.

EL PLAN DE SALVACIÓN DE DIOS

Tras la caída en el pecado, Dios no cesó de velar por el hombre y de salir en su busca. Él acompañó al hombre en sus extravíos, intentando siempre traerlo de vuelta al camino de la verdad.

Al meditar sobre la historia de salvación de Dios con el hombre, veremos que empieza



dirigiéndose a un pueblo concreto: es el Pueblo de Israel. Éste debía liberarse de las imágenes distorsionadas de Dios y aprender a llevar una vida de acuerdo con la Voluntad Divina. Por eso Dios les reveló los Diez Mandamientos. Si el hombre intenta con todo su corazón guardar estos Mandamientos, vivirá en la gracia de Dios; es decir, que su amor podrá tocarlo y el corazón ya no permanecerá cerrado ante Él.

Las palabras del Antiguo Testamento describen de forma conmovedora cómo Dios insistía y exhortaba una y otra vez al Pueblo a permanecer fiel a la Alianza que había sellado con ellos. Podemos constatar que Dios mismo mantuvo siempre su fidelidad, a pesar de que el Pueblo quebrantó tantas veces la Alianza y transgredió los mandamientos.

El tiempo de la Antigua Alianza fue una educación del Pueblo de Israel, para enseñarle cómo se vive de verdad y en armonía con Dios. El Pueblo había de ser preparado para el Mesías, quien vendría a redimir a Israel y a la humanidad entera de la culpa que pesaba sobre ellos. La venida de Jesucristo fue anunciada por los profetas, que Dios enviaba una y otra vez a su Pueblo para exhortarle a permanecer en el camino recto.

LA VENIDA DEL REDENTOR

“Al llegar la plenitud de los tiempos –dice la Escritura– envió Dios a su Hijo” (Gal 4,4), para redimir a la humanidad. Él tomó sobre sí mismo sus culpas y pagó por ellas a través de su Pasión y Muerte en la Cruz. Ahora, gracias a la Redención, el acceso a Dios nuevamente ha sido abierto para el hombre, siempre y cuando éste acoja a través de la fe el perdón que se le ofrece.

Dios no pudo habernos dado una muestra más clara de Su amor, que la de donarse a sí mismo a los hombres en la venida de su propio Hijo: “Tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo Único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna” (Jn 3,16).

Jesús, el Hijo de Dios, es el Camino, la Verdad y la Vida (Jn 14,6). Él abrió las puertas de par en par para que pudiésemos encontrarnos verdaderamente con Dios. Él es la luz que ilumina a los hombres (Jn 1,9). Cuando nos encontramos con Él, empieza a ceder la sombra que oscurece nuestra alma. Él está a la puerta y llama, para concedernos la vida eterna. Si le abrimos, nuestro anhelo será saciado, porque es Él a quien hemos estado buscando. Y entonces tendremos que conocerlo cada vez mejor.



UN PASO PEQUEÑO CON GRANDES CONSECUENCIAS

Por tanto, sólo es un pequeño paso el que tenemos que dar para conocer a Dios. Podemos simplemente entrar en diálogo con Jesús, de "tú a tú". En Él encontraremos a alguien que nos escucha, que comprende nuestras preocupaciones, que conoce la necesidad del corazón como ninguna otra persona, por cercana que sea.

Dios no solamente quiere ser nuestro Padre; sino también nuestro amigo cercano, al que se le pueden confiar hasta las últimas profundidades del corazón, sin temer que por eso se podría perder su amistad. Podemos acudir a Jesús también cuando nuestra vida se ha descarrilado, cuando las sombras nos dominan e incluso cuando hemos cometido graves pecados y parece no haber salida. ¡Él nos está esperando y viene a nuestro encuentro con su amor!

Pero Dios, en su misericordia, no sólo está para nosotros en los momentos de necesidad, aunque aquí reconocemos un aspecto muy atrayente de su amor.

¡Jesús es también nuestro Maestro! Si estamos buscando un camino para crecer y madurar espiritualmente, "en Él están escondidos todos

los tesoros de la sabiduría y de la ciencia" (Col 2,3). Jesús puede saciar tanto nuestra hambre de amor, como también nuestra sed de verdad. Él sabrá responder a los grandes cuestionamientos acerca de nuestra existencia: de dónde venimos y hacia dónde vamos, cuál es el sentido más profundo de nuestra vida...

Jesús también nos dará la fuerza para cumplir sus mandamientos y, en su luz, podremos entenderlos en toda su belleza. Cuando hayamos sido débiles, Él nos levantará y nos animará a retomar el camino iniciado. En la Iglesia Católica tenemos el sacramento de la penitencia, en el cual, tras habernos arrepentido sinceramente y confesado nuestros pecados, el sacerdote nos otorga el perdón de las culpas en Nombre de Jesús.

Como un verdadero Maestro, Jesús no nos engañará; es decir, no relativizará nuestros errores y pecados, como si no tuvieran importancia. Antes bien, nos ayudará a evitarlos y nos hará entender cada vez mejor cómo debemos vivir para corresponder a su plan con nosotros.

Conocer el amor de Jesús es experimentar una profunda felicidad, que no se apartará ni aun en los días difíciles.



Jesús no nos promete un paraíso en la Tierra ni nos asegura una vida llena de placeres.

Haberse encontrado con Él tampoco significa que ya no habrá más luchas ni tentaciones que quieran apartarnos del camino recto. Pero, eso sí, Jesús nos promete que siempre estará con nosotros (Mt 28,20), nos asegura que nos ayudará a cargar nuestro yugo (Mt 11,28) y nos reconforta con la certeza de que Él nos prepara una morada en la eternidad (Jn 14,2).

Entonces, no será una vida como la del Paraíso, antes de la caída en el pecado. Pero será una vida redimida, liberada de la culpa, sostenida por Jesús, con una profunda relación de amor con Dios y orientada hacia la eternidad. Allí ya no habrán fatigas, ni lágrimas, ni muerte, ni sufrimiento (Ap 21,4); sino que será la dicha eterna contemplando a Dios cara a cara.

¡Así que sólo hace falta un pequeño paso para el grandioso encuentro con Dios! Pero, aun siendo pequeño, es el paso decisivo. ¡Dios nos está esperando!



CONTACTO



contact@jemael.org



es.elijamission.net



[Eljerusalem](https://www.youtube.com/channel/UCj0m0m0m0m0m0m0m0m0m0m0)



Meditaciones diarias
del Hno. Elías